

EN este país, como en casi todos los de la cuenca mediterránea y demás regiones matriarcales del mundo, el marica es objeto de burla feroz, cuando no de palizas y aun de crímenes. Según un artículo publicado por la revista "Playboy", en su número de agosto, los chistes sobre maricas que los lectores envían espontáneamente a la Redacción son muy numerosos. Y el autor del artículo, Rafael Wirth, nos explica: "Un marica —nunca un homosexual— es un ser que tiene que estar en la cárcel y que si se escapa puede ser peligroso. Además, en el marica priva el raciocinio del culo sobre el de la mente. Es decir, se niega al homosexual el derecho a querer y el español medio sólo ve en él un objeto de placer no autorizado y frecuentemente escarnecido". Al mismo tiempo, los jóvenes fachas les hacen objeto de las caricias de sus fálicos bates de béisbol, asimilándolos tal vez a los rojos y a los drogadictos, que ellos suponen tan peligrosos. Nunca ha gozado el marica del favor popular, si no es como personaje folklórico o de revista; incluso las mentes esclarecidas —o clarificadas, como el vino, vaya usted a saber— de la supuesta izquierda no se atreven siquiera a hablar del tema, sustituyen el término "homosexualidad" por el de "homogenitalidad", que nada significa, y se hacen en general la picha un lío.

Y, sin embargo, la homosexualidad se vende bien. En ciertos ambientes progres está muy bien visto el ser marica, siempre que esta actividad sexual vaya acompañada de otras igualmente elitistas: se puede ser homosexual y artista, o pintor, o decorador de interiores, o poeta de vanguardia —bien que todos los poetas lo sean de retaguardia—; nunca fontanero —pero los fontaneros no frecuentan los ambientes progres más que, a veces, en calidad de fontaneros puros, sin mezclas—, tornero fresador o cura. Se hacen, ¡ay!, películas que ahora no voy a citar donde se trata el tema de los maricas españoles de una manera a veces bienintencionada y honesta, siempre torpe. Y empieza a venderse bien, ahora que los españoles nos hemos librado del Gran Padre Analfabeto, la literatura sobre maricas. No me refiero a los ensayos, científicos o sociológi-



Dominique Fernández.



Marguerite Yourcenar.

La homosexualidad como best-seller

EDUARDO HARO IBARS

cos, sino a las novelas. Y no van dirigidas a un público elitista, como podía haber sido el caso del "Valentin" de Gil-Albert o de ese prodigio gidiano de Marguerite Yourcenar que se llama "Alexis, tratado del inútil combate". No; se ha inaugurado el "best-seller" gay. Y ha iniciado tan interesante tarea la editorial Argos-Vergara, digna de mención porque suele unir el buen gusto con un gran sentido comercial. En poco tiempo han sacado dos novelas sobre el tema: "El danzarín y la danza", de Andrew Holleran, y "La Estrella Rosa", del italianista Dominique Fernández.

La primera es un divertimento en clave de drama —hay suicidios, desesperanzas, abandonos y malas conciencias, amén de algunas muertes accidentales producidas por los excesos en el consumo de drogas— sobre la vida gay en la ciudad de Nueva York, ciudad que todos los provincianos de la nueva ola consideramos como nuestra Meca, y que es desde luego la capital de nuestro Imperio, de ese imperio americano del que somos sólo una provincia periférica. No es una novela buena, ni mucho menos: está llena de moralismos y es bastante lacrimógena. Pero da al lector unas ganas enormes de irse a Nueva York para ver si es verdad todo ese rollo ta-

nático-mágico que se nos cuenta: el sadomasoquismo, el "fist-fucking" —práctica sexual que consiste en dejarse introducir un puño entero por el ano—, modas que cambian de continuo, personajes que desaparece, el follaje continuo y compulsivo, y como fondo a todo ello las últimas canciones de disco, tan efímeras como las danzas que practican. Tras todo este abigarrado mundo están —lo están, por lo menos, en la mente del autor— la desesperanza, la frustración, el sufrimiento y la añoranza de una vida que se supone "normal". Tiene un precedente mucho más interesante en "Last Exit to Brooklyn", de Hubert Selby, Jr., cuya traducción al castellano esperamos con ansiedad, y también le debe algo a "La Ciudad de la Noche", de John Rechy, que sí sería seguro un éxito editorial. La novela de que hablo es mucho más frívola, pero el fondo es el mismo: los tópicos de la soledad de los maricas viejos, de la juventud que se va, del dinero que se gasta sin saber por qué, las drogas consumidas compulsivamente y un sentimiento de culpa continuo y desagradabilísimo de leer. A pesar de su pobreza narrativa y de su moralina, a mí esta novela me ha divertido mucho.

La novela de Dominique Fernández, "La Estrella Ro-

sa", es mucho más interesante por todos los conceptos. Desgraciadamente, tiene párrafos enteros plagiados casi frase por frase, de la citada "La Ciudad de la Noche", y la idea de base recuerda a veces de manera sorprendente a "Printemps au Parking", de Christiane Rochefort; o tal vez no es que la recuerde, sino que es, como ella, una consecuencia más de la revolución de mayo del 68. La novela es una extensísima carta de un hombre maduro a su joven amante, comprometido en los movimientos homosexuales. El hombre maduro —tal vez el propio Fernández— explica al joven el porqué de sus miedos, de sus tímideces, de su aparente discreción burguesa; cuenta la dificultad de asumir su condición homosexual después de años de lucha contra su medio ambiente, que le ha hecho consciente de su "pecado". Son dos generaciones las que aquí se enfrentan, dos maneras por completo diferentes de entender la vida, la sexualidad, la lucha política. El autor explica sus miedos, y los justifica ante el recién aparecido fantasma de la libertad. A lo largo de su epístola —epístola a un ser ideal, a quien quisieramos conocer—, Fernández va dando datos reales: narra anécdotas vividas en ciudades de provincias y en el propio París, entrelazándolas con acontecimientos históricos. Critica la postura católico-reformista de curas como Marc Oraison, tanto como los errores de los movimientos de liberación sexual; y pone de relieve, sobre todo, la brutalidad sempiterna de los órganos represivos contra aquellos que se salen de la línea marcada, de la norma. Es un libro fundamentalmente honesto, tanto como algunos de los que escribió Jean-Louis Bory, que nada tiene que ver con los santones —de Proust a Genet— del tema. Su lectura es francamente recomendable para quien quiera saber lo que es realmente la condición homosexual.

Lo gay empieza a venderse como novela; debe ser gracias a la muerte del Padre Castrador. Sea como sea, el "best-seller" es uno de los géneros más dignos de respeto. Y es bueno que un tema tabú llegue a la mayor cantidad de gente posible; tal vez les ayude a aclararse las ideas sobre el tema. ■